

DIALOGO CON GONZALEZ MARTINEZ

ENTREVISTA DE RAFAEL HELIODORO VALLE

Una poesía que prefiriese los temas de la revolución social y que se pusiese, por lo tanto, al servicio de las masas, creo que concebida así sería impura. La poesía, como el arte en general, se mantiene en plano diverso de las actividades políticas y sociales.

El tono peculiar que ha querido advertirse en la poesía de los diversos pueblos de Hispanoamérica —clasicismo de unos, tropicalismo exuberante de otros, matiz crepuscular de éstos, o ansia de novedad expresiva de aquéllos— no hace sino marcar influencias de poetas que han tenido personalidad en cada país de los nuestros.

La poesía no está en crisis, porque se sigue amando y cultivando en silencio. Lo que pasa es que el mundo, urgido por problemas vitales, en ansia de construir algo nuevo, sobre las ruinas de una estructura social fracasada, se desvía del desinterés del arte. No sólo de pan vive el hombre; pero vive de pan. Y mientras lo busca, apenas de tarde en tarde puede oír el canto de los poetas. Pero el día vendrá....

Y cuando así me habla, don Enrique González Martínez lo dice con un tono de seguridad, de confianza íntima, glorioso en definitiva, porque aunque su gran voz lírica sigue sonando, escuchada con respeto por los nuevos y con devoción por los que han admirado su ascenso continuo y su invicto decoro de poeta y de hombre, a ratos se detiene, como para tomar un nuevo aliento y expresarse en un nuevo mensaje.

En la apacible delicia matinal de este domingo mexicano, codiciando una vez más el goce de su conversación y de su hospitalidad exquisita —hace ya cuarto de siglo que soy huésped de ella— salgo en busca de don Enrique González Martínez, gran poeta, gran amigo, señor excelentísimo en quien se reúnen calidades de inapreciable pureza.

González Martínez nos invita al diálogo, en el seno de un ambiente que se enriquece de cordialidad: su biblioteca, que es por ahora el ambiente propicio de su última primavera. Es claro que —me lo imagino— tiene algún libro en el telar, y yo avivo mi impaciencia procurando que me hable de él. ¿Acaso un nuevo libro de poemas?

—Ya lo tengo hecho —me dice— mejor dicho tengo ya dos libros listos, pero no he estado con ganas de publicarlos. Algunos poemas dispersos en revistas, otros en esquema. Pero el momento no es el más oportuno. ¿No le parece? Hay que esperar a que se serenen estos días tan turbios.

El tema del día, lo de España, nos preocupa, y aparece en el primer plano de la conversación.

—¿No se nota que hay ya algo diverso en Europa, en eso de España?

—Un ensayo de Guerra Europea, a lo que parece. La pobre España es la que está sufriendo. El peligro se cierne. Todos lo sentimos. Ya se vió que un simple incidente, un asesinato de príncipe heredero, bastó para que la Gran Guerra estallara. ¿Y ahora qué pasará?

—Lo de España lo sentimos muy de cerca. Ahora nos damos cuenta de que todos tenemos algo que sentir en España. ¿Las gentes de más elevado pensamiento, están con el Gobierno?

—Todos, salvo una o dos personas, de nombres más o menos conocidos. Hasta la gente que nunca ha actuado en política, por ejemplo, Juan Ramón Jiménez. ¡Ya se ve! ¿Y qué pasará con nuestros amigos que están en Madrid?

González Martínez me muestra un ejemplar del periódico "El Mono Azul", revista de izquierdas que está publicándose en medio de aquel huracán.

—En España llaman "mono" al overol de los obreros. Esta revista la hacen Alberti, su mujer María Teresa León y otros escritores que han jugado sus cartas a favor del Gobierno.

—Veo que también Bergamín, a pesar de que es católico....

—Sí, es católico y está con el Gobierno. Juan Ramón Jiménez hizo declaraciones categóricas y hasta ha firmado un manifiesto. Y en fin, toda la intelectualidad española está con el Gobierno, y toda esa gente no es comunista ni de muy a las izquierdas. Hasta las derechas modeladas y conscientes lo defienden.

—Lo mismo estamos viendo en América Latina: casi todos los artistas, los escritores de más visible significación están con la democracia española.

—En Argentina hasta ha aparecido un manifiesto muy vibrante. En cambio, aquí nos han puesto del asco por el que nosotros firmamos.

Suspendemos el comentario en torno a la situación española. Volvemos los ojos hacia la realidad de América, de Nuestra América, que es tan confusa, hasta inverosímil en ciertos aspectos. Y de pronto, sin saber cómo, surge en la charla el nombre de un poeta muy querido, de Porfirio Barba Jacob, el gran Porfirio que ha estado con un pie en el estribo rumbo a tierras de Centro América, y de ahí a Venezuela, y luego, es claro, según sus proyectos, otra vez a su nido mexicano, en donde su canción se ha vuelto fructuosa y ha adquirido limpidez de altura irreal. Le cuento al Maestro lo que yo sé respecto a ese viaje frustrado, que nos permite retener a Barba Jacob por un tiempo indefinido en la meseta mexicana.

—Ya no se va —advierdo—. Iba a visitar El Salvador. Se había organizado un comité presidido por Adolfo Pérez Menéndez; y ese comité organizó entusiasmos y hasta dispuso, después de sonada convocatoria, unas grandes fiestas públicas para coronar al poeta en aquella ciudad ardiente. Antes de disponer su marcha fue a Veracruz, a escribir un libro sobre la riqueza y el paisaje de Veracruz, bajo los auspicios de un Gobernador interino, a quien él ha llamado “mi Lorenzo el Magnífico”. De súbito un vómito de sangre lo puso en trance de muerte y tuvo que salir violentamente. Y aquí lo tenemos.

González Martínez, que quiere con una cordialidad inconmensurable al poeta de “Canciones y Elegías”, me agradece las noticias que le doy; y luego exclama:

—En mi última carta le mandé una reprimenda amistosa....

—El Ministro de El Salvador lo invitó para la visita a aquel país. Porfirio pidió licencia indefinida para separarse como editorialista de “Últimas Noticias”; y cuando ya todo estaba listo, sucede que el presidente de aquel comité fue denunciado en un complot contra aquel Gobierno, y, de milagro, ha escapado de las llamas, y ahora viene para México.

—¿Y ya escribió el libro sobre Veracruz?

—No escribió nada. ¡Qué va a escribir después de tantas cosas que le han pasado! Ni una página. Porfirio es maravilloso. Eso de que lo iban a coronar en El Salvador lo tenía muy alarmado. Hasta esbozó el discurso, un discurso que sería en verso y en el que sería idea central el recuerdo de todos los poetas que han sido coronados y han muerto en la miseria, en vez de haberseles puesto al frente de un consulado o de una legación, vitaliciamente, para que no sucediera lo que al poeta inglés a quien le habían negado el pan. La verdad es que en las tierras del trópico quieren mucho, admiran mucho a Barba Jacob.

—Pero él siempre viene a recalar en México—me hace notar González Martínez.

—¿Y Leopoldo de la Rosa qué se ha hecho? Hace muchos días que no lo veo.

—El otro día estuvo a verme en el Banco (el Banco Agrícola en que González Martínez trabaja ahora) en compañía de Germán Pardo García, dejándome el recado de que quería verme con urgencia, porque se iba a Colombia.

—¿Y usted no ha estado en Colombia, Maestro?

—No he estado, más que en sueños. Es un país que siento no haber conocido sino a través de sus poetas y de tantos amigos que tengo allá. Y tengo remordimientos por ello; pero mi viaje a Sudamérica apenas me permitió visitar los puertos ecuatorianos y luego desembarcar en Valparaíso.

La poesía de Colombia, como la poesía de México, tiene una tónica singular. Puede decirse que en la Antología de América son las que van en primer término (sin ofender a los presentes). González Martínez invoca muchos nombres, que nos son familiares y algunos de ellos admirados hasta el sumum.

—Rafael Maya, Eduardo Castillo, Greiff, Arciniegas, Víctor Londoño y, como es natural, en primerísimo lugar, Guillermo Valencia.

—¿Y conoció usted a José Eustasio Rivera cuando estuvo aquí en 1921?

—En ese año yo estaba en Santiago de Chile; pero tuvimos una amistad muy íntima por correspondencia; una amistad constante. En una palabra, conozco a casi toda la gente joven de Colombia.

—En Lima yo traté mucho a Valencia. Un hombre de aspecto sencillo, un gran tribuno. Algo así como nuestro Urueta.

Enrique, mi hijo, lo vió en Santiago en la Conferencia Panamericana. Es un buen orador parlamentario.

Y hablamos de los humanistas colombianos y de la situación política de Colombia, tal como la entendemos a través de las informaciones que nos llegan. González Martínez me advierte:

—El Partido Liberal en Colombia parece que está inclinándose a la izquierda. Los tiempos cambian.

—Hay en el mundo algo así como una nueva electricidad, que nadie puede dejar de percibir. Es algo inminente.

—Y en Colombia no podían escaparse a la regla. Y es que tienen muchos problemas, problemas muy hondos.

—Como todos estos países de América. Aunque en Colombia no hay una dictadura militar. Todavía privan el buen sentido, el decoro civil.

Los temas de la Conferencia de Buenos Aires no puede eludirse, ya que se habla de temas contemporáneos.

• Los Estados Unidos deberían tener la más absoluta confianza de que México, durante muchísimos años, no puede ser un enemigo peligroso. Somos los más vecinos a ellos. Argentina y Chile tienen más los ojos puestos hacia Europa. Mientras en Europa se están matando, nosotros queremos trabajar. Hay ya una declaración de principios muy interesante, de que la conquista territorial sea resuelta por arbitraje. Y ya eso es mucho haber declarado, como paso previo a una grande obra de paz.

Pero la conversación ha tomado un giro que era imposible evitar. Bruscamente la interrumpo para preguntar al Maestro si ha continuado haciendo traducciones del francés literario.

—Ya no traduzco, nada. Un día me encontré que tenía una serie de poemas traducidos y los reuní en un libro. Eso fue todo.

—El momento que vivimos no permite un paréntesis de calma para las letras de América. Fuera de dos o tres revistas de verdadera seriedad, como "Repertorio Americano" de García Monge, y "Sur" de Victoria Ocampo, a las revistas les falta cierta expresión definidora de un momento literario en Nuestra América. La que hoy priva es la revista que aborda temas económicos y sociales.

—González Martínez comenta:

—Las revistas no deben durar mucho tiempo. Me refiero a las revistas literarias. Esa es mi opinión. Porque las revistas se envejecen, así como envejecen sus directores. Fijese usted en el famoso "Mercure de France".

Aludo entonces a la que González Martínez dirigió hace ya algún tiempo en la ciudad de México, y de la cual sólo aparecieron unos cuantos números, pero que dejó huella trascendental. Aludo a "Pegaso", de la que fueron también directores Ramón López Velarde y Efrén Rebollo.

—Publicábamos de todos los escritores de México. Cada quien seguía su modo de escribir. No era una revista de escuela.

Y cuando esto dice, interviene en la conversación González Rojo, quien fue uno de los fundadores de "Contemporáneos", que marca en la historia literaria de México un momento preciso, así como "Revista Moderna".

—Realmente —dice— "Contemporáneos" terminó su misión cuando llegó al número 12. Después resultó otra cosa.

—"Revista Moderna" tuvo una época muy curiosa —sugiere González Martínez— porque fue la representante del movimiento modernista en México. Y quizá en América. En ella se publicó mucho inédito de grandes poetas, que le enviaban colaboraciones especiales. Gómez Freyre, Lugones, Darío. Después, la revista cambió de aspecto, y así ya no pudo durar.

—Lo mismo sucedió con la "Revista Azul", de Gutiérrez Nájera.

—El Maestro hace recuerdos fieles del Ateneo de la Juventud, al que se incorporó en 1911, cuando vino a radicar a esta ciudad. Al año siguiente ocupó la presidencia del Ateneo, y en seguida advino la Revolución.

—Pero siempre se ha necesitado del apoyo decidido, apoyo en dinero de alguien, para hacer una revista seria. Claro, hay sus excepciones.

—Jesús Valenzuela fundó la "Revista Moderna" con su dinero y más tarde Jesús Luján le dió vida en momentos en que estaba para desaparecer. Julio Ruelas en uno de sus maravillosos dibujos festejó la llegada de Luján a la "Revista".

Y González Rojo me hace entonces una admirable revelación:

—Lo que no sabes, y muy pocos saben, es que la "Antología de la Poesía Mexicana Moderna", de Jorge Cuesta, fue publicada gracias a Obregón.

—¿Al general Obregón? ¿Cómo estuvo eso?

—Obregón dió \$2,000 para publicarla. Estábamos con él en una comida, cuando le hablamos del proyecto de la "Antología". Le dijimos que ya estaba hecho, y como nos pidiera el original, y afortunadamente lo teníamos a la mano, porque estábamos en casa del Dr. Gastelum, se lo mostramos. Y Obregón nos preguntó cuánto costaría. Algo así como unos dos mil pesos. Y entonces, en medio de la sorpresa de todos, extendió un cheque por esa cantidad. Esta es una de las hazañas del General Obregón.

Por incidencia, hablando de antología —la de Onís, por ejemplo—, insisto en la conveniencia de que González Martínez revise la selección de los poemas de Juan Ramón Molina, que en breve serán editados en Tegucigalpa, con el intento de que sea un monumento fiel. González Martínez asiente, aceptando así la invitación que yo le hiciera, en unión de Alfonso Guillén Zelaya, y con la seguridad de quien está muy al tanto de la obra de otros líricos, González Martínez me demuestra que conoce los valores más firmes en la historia de las letras hispanoamericanas.

Y como la ocasión es propicia para formularle una pregunta, que puede servir para tomar el pulso de un poeta como él, le digo sin ambages:

—¿Cree usted que la poesía, según pretenden algunos, debe preferir los temas de la revolución social y ponerse, por tanto al servicio de las masas?

—Una poesía concebida así, sería impura —me dice—. La poesía como el arte en general, se mantiene en plano diverso de las actividades políticas y sociales. El artista recibe estímulo de la actualidad ambiente; pero los trasmuta en valores estéticos, sin fines directamente utilitarios. La única función del arte es crear belleza.

Y luego, insistiendo sobre la poesía lírica Hispanoamérica, que en estos momentos sufre corrientes contradictorias, influencias ideológicas de diversa índole, le pregunto si advierte en ella algún nuevo matiz. Y entonces, su respuesta asume la categoría de una afirmación:

—Los pueblos hispanoamericanos vivimos en contacto con el mundo y no podemos ufarnos de poseer una expresión lírica y esencialmente propia. Somos genéricamente occidentales, y específicamente hispánicos, y la lengua y la cultura mandan. El tono peculiar que ha querido advertirse en la poesía de los diversos pueblos de Hispanoamérica —clasicismo de unos, tropicalismo exuberante de otros, matiz crepuscular de éstos, o ansia de novedad expresiva de aquéllos—, no hacen sino marcar influencias de poetas que han tenido personalidad en cada país de los nuestros. Sí, hay matices individuales, porque la poesía lírica es individual.

—No hay, pues, una poesía lírica hispanoamericana, de tonalidades específicas, de timbre peculiar. Tampoco una mexicana, una colombiana. Pero, acaso, sí hay un estado de crisis en la poesía, que parece perturbada en estos días que se agravan con tanta inquietud colectiva y que le exigen acto de presencia en esa inquietud.

El maestro, radiante de optimismo, a pesar de que ha cumplido dignamente su faena, me responde, animándose, como si a sus palabras quisiese darles el vigor de un manifiesto que sólo puede ser refrenado por un poeta lírico de su estatura:

—La poesía no está en crisis, porque se sigue amando y cultivando en silencio. Lo que pasa es que el mundo, urgido por problemas vitales, en ansia de construir algo nuevo sobre las ruinas de una estructura social fracasada, se desvía del desinterés del arte. No sólo de pan vive el hombre; pero vive de pan. Y mientras lo busca, apenas de tarde en tarde puede oír el canto de los poetas. Pero el día vendrá....

Sí, el día vendrá, en que el canto poético vuelva a ser escuchado con la devoción de otros días. González Martínez lo ha dicho en uno de sus mensajes más puros: "Mañana los poetas cantarán en divino verso que no logramos entonar los de hoy; nuevas constelaciones darán otro destino a sus almas inquietas con un nuevo temblor". Y nuestra canción de hoy, será la de siempre, "nuestra misma canción", la que es individual, la que expresa nuestra esperanza o nuestra angustia y puede ser la angustia y la esperanza de las muchedumbres de almas que se asomen a escucharla, como prisioneros del abismo que tienen derecho a calentar su dolor en el sol de la única poesía que es eterna, la que fluye de las entrañas del amor.